

Paraná: el otoño y la ciudad

Juan L. Ortiz

¿Qué ha ocurrido por el Parque Urquiza?

Es marzo, mediados de marzo y el atardecer, de improviso, lo encuentro extrañamente solo. No hay viento, ni siquiera una brisa fresca.

Ayer todavía las parejas crepusculares orillaban la parte alta, recortadas o desvanecidas casi sobre el celeste último del noroeste, ajenas, ¡oh!, deliciosamente ajenas, a la «féerie» que se desplegaba arriba y se encendía abajo entre los collares de las primeras luces húmedas.

Ayer todavía el hombre oscuro y grave midiendo filosóficamente el tapiz terminal de un lugar de la costanera superior, y el matrimonio apeado de su auto, menos aburrido quizás con el espectáculo del fútbol placero de unos chicos vecinos o con la animación elegante del minuto cruzado de algunos coches lentos y brillantes, paseado de algunos trajes que no permitían ninguna duda...

Ayer todavía unos padres modestos medio perdidos en el aire un poco «azul» aunque muy atentos a los más ligeros desvíos de sus niños, el bolso de las vituallas ya lánguido, pendiente de los hombros de él; y unas muchachas también modestas que reían sus secretos tomadas de la cintura o separándose bruscamente; y los fatales adolescentes con su fútbol en marcha y sus «palabritas» prontas, y los pilluelos de vuelta, menos detonantes, a pesar de todo, que aquéllos, con sus resortes disparados...

Ayer todavía el 2 colgando por estallar, se diría, de racimos humanos; y el acoplado fatídico y el camión militar urgido por el diablo...

¿Qué ha pasado? El mismo «colorado» apenas si trae dos o tres pasajeros melancólicos, tardo, y con una iluminación repentinamente íntima.

¿Qué ha pasado? Nadie en las terrazas altas, nadie abajo, nadie casi en la avenida Mitre, fuera de ese ómnibus ahora bastante espaciado y por momentos algo fantasmal. Y ¿por qué también el río solo? Las lanchas no han variado su horario, las balsas no han variado su horario, sin embargo. El otro transporte no debe de haberse interrumpido.

¿Nadie? ¿Y esa presencia de un tiempo curiosamente hondo, de minutos abismales que se abren de súbito en la «suite» más o menos ritual con su melodía de imágenes de estío?

¿Nadie? ¿Y ese vértigo quieto, color de suave angustia que no dora las cosas y los seres sino que a fuerza de tal y a pesar de su paz atónita, los aspira musicalmente, dejándolos como traslúcidos en un a manera de vacío sin límites que tiene de la muerte?

Aunque un poeta menos «peligroso» y propenso a ciertas compensaciones, quizás descubriera allí las esencias preciosas de las mieses celestes que una vaga hoz oscura ha segado no se sabe cuándo, dándolas al aire, transfiguradas en aire mismo, en una suerte de fiesta mística final que hace de la aludida avenida Mitre, viniendo del este, un misterio de gloria, ay, con un sólo celebrante...

O un tantico más complaciente acaso oyera asimismo allí una imposible arpa eólica tocada por la etérea melancolía con pianísimos y fugas de un ardor también angélico, en el juego de unos dedos tan flexibles que pasan imponderablemente del roce más irreal al apoyo más intenso según el color de la frase... Arpa, oh, dolor, para un único oído.

Nadie, pues, o casi nadie, en el parque, y ¿por qué?

«Un insensible viento, un viento hecho por poco de silencio», ha barrido todo, mientras arriba prende las rosas de la fiebre más espiritual y ondula los echarpes menos de este mundo? Un viento desconocido y paradójicamente extático, que atrae a la vez todo lo mismo que hacia un centro metafísico, bajo la despedida de flores ideales?

¿Es de esta sutil absorción de la que ha huído, al fin de cuenta, por aquí, sin tener conciencia de ello, la gente? Si hasta las criaturas ínfimas, si hasta las más «inferiores», si hasta las más calladas, dan señales, por otro lado, de sentirla... Las cosas mismas aparecen en ella, como en el vértigo de que hablamos, en una especie de rara transparencia, de más allá...

Oh, la pobre gente ha huído este silencio como naturalmente huye todo aquello que alude a su gran temor agazapado y que no ha mucho supieron hacer olvidar durante un buen tiempo los altavoces del balneario cubriendo hasta la medianoche su propia alegría abierta sobre la playa, la costanera y la barranca, con boleros y anuncios y advertencias que querían imponer aun a las estrellas.

Pero he aquí que este dulce modo de muerte que pone a prueba la «seguridad» esencial de todos y de todo, esa decantada fragilidad que parece defenderse con uñas y dientes y explicar tan feas cosas, y que proyectan todavía más allá del «tránsito» algunas religiones; pero he aquí que este dulce modo de muerte que pone a prueba también la responsabilidad, acaso más difícil para quien ha asumido de lo hondo, de lo más hondo, la condición humana frente al infinito, atisba por todo a la pobre gente con la complicidad del entrecejo vespertino o de la llameada prima noche. Y es la calle Cervantes vuelta de improviso en casi toda su extensión una regia agua sola, medio fúnebre, con apenas unos chicos por ahí que se consultan discretamente o unas mujeres empalidecidas que hablan despacio desde sus puertas como ante una fascinación que les hace mal y que las llevará ligero adentro... Y son las otras calles que dan al Antoñico, más pobres por ahí, con escasísimas figuras oscuras, apresuradas hacia la cocina ni más ni menos que hacia una isla salvadora, o alguna que otra muchacha que ha salido un segundo al portón y ya la ha ajado un miedo que no sabe... Y es Laprida, más allá del puente, con ese espectro que apura la vaca, no menos sombra que él, bajo una tempestad invisible... Y es Perú, cerca de la blanca vela y sus cipreces negros, con los rieles de un destino más eludido que nunca porque un vago horror amarillo ahora lo hace más sensible... Y es San Martín mismo con su olvido frívolo que no puede engañar y que busca las tiendas y los cafés para escapar al maleficio que ha respirado en signos imprecisables... Y es Gualeguaycú también con casi todo el tránsito acogido a los comercios, como a hogares providenciales ante ese mal lívido y desierto que insidiosamente lo ha tocado... Y ese 6 de ruido y luces que ha asilado asimismo algunas almas repentinas... Y es 5 Esquinas con un ángel a manera de varita, el índice en cruz sobre los labios, encima de la estrella del pobre movimiento... Y bulevar Alsina, en fuga por poco sola hacia el humo de las islas bajo la imposición del mismo án-

gel... Y avenida Almafuerde, con alguno que otro bólido quimérico y alguna que otra desaprensiva flecha infantil en un hálito, se diría, más abiertamente triste, en que tiene parte la viudez reciente de las colinas del norte...

Son, en fin, todas las calles de la ciudad y de los alrededores ganadas por el hondísimo hechizo a las débiles criaturas del crepúsculo, corridas así hacia sus refugios circunstanciales o habituales o trocadas un minuto de cariátides turbadas, cuando no en las imágenes fugitivamente nobles, a fuerza de mudez, de una pesadilla trascendente...

Pero es que la gente, en verdad, no tiene aún una fe profunda que la alce sobre las «determinaciones genéricas del ser humano»: el deseo, el horror de la «muerte», arduos, desde luego, de rendir totalmente, ni menos el sentido de esa belleza elegíaca en razón de pura, como tampoco, por cierto, es capaz de «empuñar» el mareo de los abismos, con la decisión entera, aptitud esta última de sólo aquellos que se desprecian por frágiles y cuyo honor vocacional, se ha dicho sin embargo, es el de la conciencia terrible...

Ello no obstante, todos pueden hacer suyo «el gusto del infinito» en el acto del amor y pueden satisfacerlo, además, afirmando sus lazos con el mundo, y no rechazando a éste desde esa actitud alimentada por un egoísmo encantado que felizmente ya no engaña. Y en cuanto a sus alianzas con la muerte, ellas son de «los notables para domar a la plebe, pues la conservación de sus privilegios exige la conservación de la muerte en el planeta», cuya superficie, así, sería barrida por el soplo ardiente de las explosiones atómicas y empozoñada durante años por las radiaciones mortales, si contra esta amenaza no se uniera activamente el simple instinto común.

Contra aquella que la rodea y la acecha y, mal que le pese, lleva en sí como simiente, ella, sí, juntamente fatal, por los menos respecto de las posibilidades actuales para esta forma relativa o síntesis fluida que llamamos vida y que no justifica nuestra vanidad limitadora: contra esa, diríamos, «intrusa natural» que se huele a veces igual al destino, la gente no tiene todavía, enunciábamos, una fe profunda que la eleve sobre el miedo al darle la intuición de una eternidad de que ella puede ser obrera o de un dios, si se quiere, que ella es capaz de hacer todos los días y al que ella por sus actos se incorporaría para siempre...

Oh, entonces, no evitaría este pensamiento que se afina en el limbo y parece mirar y mirar como ciertos moribundos, o esta pasión deshojada de serafines sin nombre, o esta oración ardida de la misa del año, no evitaría, sobre todo, pasar «el muro del son y de la furia» para acceder a esta ausencia en que sube más secreta, es cierto, aunque más libre, la sinfonía sin límites en que estaría sumergida, precisamente sin pausa real alguna...

Y si aún su sonrisa desapareciera sobre la ilusión de su latido único frente a una imaginaria nada inminente: si le hiriera el aleteo de lágrimas de las estrellas, y le rozara el escalofrío del sueño helado por venir para las vidas más humildemente hermanas, todavía desnudas bajo una desnudez de acero; y si le doliera el descendimiento y la ascunción a la vez de tantos visos y halos y almas y ánimas hacia una memoria abismal y astral: a nuestra gente, a esa gente con oídos más atentos no le faltaría todavía el grillo del otoño que entre las briznas sin nadie de algún parque o de algún sitio baldío empezaría a cantar ralamente hasta acordar el estribillo, cada vez más de rocío y numeroso, de manera que las noches de las hierbas flotarían al cabo, en un tiempo que que-rría contraerse, con ese voto viejo de la tierra...

La tierra, así, o una de sus voces más antiguas, le daría por último la respuesta límpida de esa gracia de equilibrio que nunca falta a la cita en la armonía del mundo.

En las primeras horas graves, bajo ese llanto que comienza a titilar, alto, y esa crecida de silencio que fluye fantástica y que parece anegar todo, he aquí que unas notas medio perdidas al principio se dan también a titilar. Pero ellas dicen, quieren decir a los mortales, con una delicadeza muy sabia y muy madura, como que palpitan desde siglos, más allá del tiempo y del espacio, anotara Thoreau, que la esperanza no debe morir, que tras el «reposo» los personajes de la danza se incorporan de nuevo y se anudan de nuevo, intercambiables o fugaces; que del otro lado del frío y del sueño las ramas tiemblan de alas y se curvan de dones, después, para la sed y los regresos...

Y ese poeta mínimo de las matas escondidas o de los rincones olvidados, salido de la sombra inmemorial con el dulce «mal del porvenir», semejante en esto a algunos de sus cofrades bípedos y a algunas tiernas almas de hoy, le diría al mismo tiempo que así como lo que se llamó utopía social estaba dejando de ser tal y

cada hombre podía «ser un sol en la vida cierta de todos», así también la órfica se fundiría con ella en una nueva «Edad de oro» para la dignidad mejor del ser más responsable del paraíso renovado...

Y acaso esa gente recuperaría la sonrisa, bastante serena y segura a la razón ante las inquietudes quizás últimas de la piedad «oriental», porque en esas primeras formas de un sueño milenario que se realizan por ahí vería conformemente la garantía del cumplimiento unido o apenas sucesivo del otro, en el camino de vencer finalmente, bajo las especies recién reales de la comunión, todos los terrores...

Este sería el milagro de ese fiel espíritu de las raíces que acude siempre, con una simple sílaba, aunque muy variada de tono, en ayuda del nuestro en sus luchas con el ángel, y lo hace, gentilísimo, mirar hacia adelante...

